

Manu

RAÚL CONDE



Quiero arrancar este artículo confesando que no sé cómo arrancarlo. Llevo varios días digiriendo la noticia. Pensando hacia dentro, rodeado de amigos comunes, leyendo todo lo que se publica y llega a mis manos. Hace unas semanas nos dijo adiós **Manu Leguineche**, referente en España del periodismo ético y digno, y a mí me tocó dar la peor noticia que hasta ahora he firmado. Fue una reacción profesional, aunque dolorosa. Me despedí de él en el hospital y llegué a la redacción a media mañana. No hubo espacio para la sorpresa. Cualquiera allegado a Manu sabía que su última hora estaba cerca. Que fuera previsible no mitiga un ápice la tristeza.

No abundaré en su trayectoria para no repetir todo lo que se ha escrito estos días. También porque me siento un privilegiado tras haber contado quién fue Manu Leguineche desde las páginas de un diario *—El Mundo—* que él ayudó a fundar y en el que su figura es venerada. Así que me centraré en lo personal, una parcela sobresaliente para calibrar las virtudes humanas que siempre le acompañaron.

Conocí a Manu en 2001. A los pocos días de publicar en *Guadalajara Dos Mil* una reseña de su último libro, *Recordad Manhattan*, le pidió a Pedro Aguilar que me llevara a Brihuega. Para mí era el no va más. Que el maestro me leyera y que además quisiera conocerme. Sentí una mezcla de vergüenza y respeto al entrar en su refugio. Una congoja que se hizo aún más grande cuando me dio las gracias por el artículo. Después nos fuimos a comer a Las Vegas, en Masegoso, y creo que solo acerté a balbucear cuatro palabras. Manu me animó a dedicarme a este oficio y me ofreció ayuda económica. Tanto la conversación como ese gesto revelaron la clase de persona que era. Afectuoso, cercano, generoso.

El siguiente almuerzo al que me invitó seguí taciturno. Su persona imponía. No sabía cómo meter baza en la charla, así que decidí cerrar la boca y escucharle hablar de lo que entonces estaba vigente. El 11-S, la invasión en Irak, las nucleares, el último patinazo político. Tan calladito debí de

estar que Pepe García de la Torre preguntó: “¿este chico que habéis traído es mudo o qué le pasa?”. No era mudo, claro. Pero sí introvertido. No fue hasta pasada alguna merienda en el Tejar de la Mata y el primer viaje a Mojácar cuando mi timidez dio paso a una relación en la que Manu derrochó humanidad.

Pronto sentí admiración por la atmósfera que creaba a su alrededor. Periodistas de tronío e imberbes, políticos de toda condición, vecinos suyos. Esa era la mezcla habitual en los ratos que pasábamos en su casa y ese era el momento en que solía aconsejar: no corras, ten paciencia, lee los periódicos todos los días, estudia, invierte en ti mismo y no bebas agua de Vichy. Manu no daba lecciones. Deslizaba sugerencias entre líneas en las conversaciones de vino y rosas. Había que prestar atención para cazarlas al vuelo.

Después llegó el tiempo de *Siglo XXI*, una revista que nació con material para 500 números y se quedó en cuatro. Al día siguiente de emprender esta aventura, abrí el correo electrónico y tenía una lista de casi 200 temas posibles. Se había pasado toda la noche cavilando reportajes. Por la mañana le llamé por teléfono: “Joder, Manu, tenemos dinamita para hacer planillos hasta aburrir”. Organizar aquella revista, con él y con muchos otros maestros, fue un máster en edición, dirección y redacción.

Algo muy parecido a lo que, pasados unos años, volví a sentir aquellas tardes en las que revisamos las galeradas de *El Club de los Faltos de Cariño*, el segundo de sus libros dedicado a Guadalajara, tras *La felicidad de la tierra*. El método era sencillo: yo me encargaba de preparar la tarea antes de mediodía, luego comíamos en abundancia y, mientras él saboreaba un Cohiba, iba asintiendo, corrigiendo o añadiendo sugerencias a mis anotaciones. Era meticuloso hasta el punto de frisar el perfeccionismo. Quería comprobar todos los datos y todas las referencias históricas y literarias. Entre las virtudes del habano se adivinaba su cara de niño mientras horneaba un nuevo libro. ¡Y eso que ya llevaba cuarenta!